

LA RETIRADA

El tiempo a la hora de escalar el Everest, constituye un factor fundamental que toda expedición debe tener muy en cuenta. Tales limitaciones obedecen a la especial ilusión de la montaña:

El elevado contrafuerte del Himalaya tiene una longitud de 3.000 Km. y una anchura de 400, describiendo una curva arqueada. El Everest se halla junto a la combadura más meridional de ese arco, a 700 Km. del Golfo de Bengala y se levanta asimismo en la parte más estrecha de la cordillera

Son éstas las razones por las que la zona del Everest es la primera del Himalaya en recibir el azote del monzón, procedente del S.W. que avanza del Golfo de Bengala, antes que llegue su gemelo del W. procedente del mar Arábigo.

Naturalmente toda la ascensión a las montañas cercanas a este enclave debe realizarse en un espacio de tiempo excepcionalmente reducido, aprovechando al máximo la escasa duración de la calma.

El monzón suele alcanzar al Everest, en los años normales, entre los últimos días de mayo y los primeros de junio: tres semanas antes que al Himalaya central. Sin embargo 1974 no era un año normal: el monzón que se origina en el mar Arábigo se adelantó considerablemente, alcanzando primero a los catalanes del Anapurna y a nosotros unos días después. El viento del W. al mediodía azotaba nuestros campamentos con nieve pesada y húmeda, era la gigantesca amenaza de la llegada del monzón.

La Cascada de Hielo se hizo cada vez más peligrosa: la humedad descompuso y cambió la configuración de los seracs, surgieron enormes grietas, desprendiéndose grandes bloques de hielo. Las laderas que defienden al Everest se cargaron de «nieve-sopa»..., los aludes se adueñaron del lugar. La más afectada por esta nevada fue la cara W. del Lhotse (entre los 7.000 y 8.000 metros aproximadamente) cerrando su paso la constante caída de aludes. El viento fue ganando fuerza, alcanzando en la cima 160 Km. por hora.

El oxígeno almacenado en el Collado S. se fue agotando, consumido por los tres escaladores y dos sherpas, allí situados.

Nuestra retirada obedeció a tres factores claves, contra los que el hombre no podía luchar:

el viento,
el monzón amenazante y
el oxígeno, ya agotado.

ANGEL LANDA